

¿Paraíso Perdido?

Yutang, Lin

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Yutang, L. (1991). ¿Paraíso Perdido? *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(146), 128-132. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.146.51586>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

y se aleja, pero la eternidad permanece. Quisiera beber más hondo; quisiera pescar en el firmamento, cuyo fondo está sembrado de estrellas.

Asimismo, los ríos parecen haber vuelto a recorrer su camino y haberse agotado en las vegas que ellos mismos han creado, y entonces se hacen más serpeantes que nunca. Así, en el curso de las edades, los ríos corren por sus lechos, hasta que éstos se sienten cómodos bajo ellos. El tiempo tiene poco valor y es más bien insignificante. Es lo mismo que se trate de un río que se modifica totalmente en un periodo geológico o de una anguila que pasa serpeando en un instante.

¿Es joven el bebé? Cuando le contemplamos parece más venerable que el hombre más anciano... y tiene las arrugas del mismo padre Saturno... La tierra está cubierta de mantillo. Hundo este palo en su superficie en una profundidad de muchas capas geológicas y abro en ella un surco mucho más profundo que el que han abierto en ella los elementos durante millares de años. Si escucho, oigo el croar de las ranas, que es más antiguo que el limo del Egipto, y el tamborileo distante de una perdiz en un tronco, como si fuera el latido del pulso del aire estival... Lo más nuevo no es más que lo más viejo hecho visible para nuestros sentidos.

H. D. Thoreau, *El pensamiento vivo de Thoreau*,
Buenos Aires, Edit. Losada, 1944.

¿PARAISO PERDIDO?

Lin Yutang

Es curioso que entre las mil creaciones del planeta, mientras toda la vida vegetal se ve impedida de tomar una actitud hacia la Naturaleza y prácticamente todos los animales se encuentran también vedados de tener una "actitud", por así decirlo, hay una criatura llamada hombre que tiene a la vez conciencia de sí mismo y conciencia de lo que le rodea y que, por lo tanto, puede adoptar una actitud hacia ello. La inteligencia del hombre empieza por interrogar al universo, explorar sus secretos y encontrar su significado. Hay una actitud científica y otra moral hacia el universo. El hombre científico se interesa por encontrar la composición química del interior y de la costra de la tierra en que vive, el espesor de la atmósfera que la rodea, la cantidad y la naturaleza de los rayos cósmicos que andan disparados por las capas superiores de la atmósfera, la formación de sus montañas y sus rocas, y la ley que rige la vida en general. Este interés científico tiene una relación con la actitud moral, pero en sí mismo no es más que el deseo de conocer y explorar. La actitud moral, en cambio, varía mucho, pues a veces es de armonía con la naturaleza, a veces de conquista y sojuzgamiento, o de dominio y utilización, y a veces de altanero desdén. Esta última actitud de altanero desdén hacia nuestro planeta es un producto muy curioso de la civilización y de ciertas religiones en particular. Nace de la ficción del "Paraíso Perdido" que, extraña decirlo, se acepta generalmente hoy como cierta, como resultado de una primitiva tradición religiosa.

Es asombroso que nadie ponga en duda jamás la verdad del relato sobre un Paraíso perdido. Después de todo, ¿cómo era de hermoso el Jardín del Edén, y cómo es de feo el actual universo físico? ¿Han cesado de florecer las plantas desde que pecaron Eva y Adán? ¿Ha maldecido Dios al manzano y le ha prohibido que tenga frutos porque

pecó un hombre, o ha decidido que sus pimpollos sean de colores más feos, más pálidos? ¿Han cesado de cantar las oropéndolas y los ruiseñores y las alondras? ¿No hay ya nieve en la cima de las montañas ni reflejos en los lagos? ¿No hay rosadas puestas de sol, ni arcoíris, ni amaneceres sobre las aldeas; no hay cataratas y arroyos cantarines; no hay árboles umbríos? ¿Quiénes, pues, inventaron el mito de que el "Paraíso" estaba "perdido" y que hoy vivimos en un feo universo? En realidad, somos desagradecidos y malcriados hijos de Dios.

Hay que escribir una parábola sobre este hijo malcriado. Erase que se era un hombre cuyo nombre no mencionaremos todavía. Llegó hasta Dios y se quejó de que este planeta no era bastante para él, y dijo que quería un Cielo de Perladas Puertas. Y Dios señaló primero a la luna en el cielo y le preguntó si no era un buen juguete, y él sacudió la cabeza. Dijo que no quería mirarlo siquiera. Entonces Dios señaló las colinas azuladas, en la distancia, y le preguntó si no tenían hermosas líneas, y él dijo que eran vulgares y ordinarias. Luego Dios mostró los pétalos de la orquídea y el pensamiento, y le pidió que extendiera los dedos y tocara la aterciopelada superficie, y le preguntó si no eran exquisitos los colores, y el hombre dijo: "No". En su infinita paciencia Dios le llevó a un acuario y le mostró los gloriosos colores y formas de los peces hawaianos, y el hombre dijo que no le interesaban. Dios le llevó entonces bajo un árbol umbrío y ordenó que soplara una fresca brisa y preguntó si no era deleitable aquello, y otra vez respondió él hombre que no le hacía impresión alguna. Después Dios le condujo a un lago en la montaña y le mostró a la luz en el agua, el sonido de los vientos que silbaban en un pinar, la serenidad de las rocas y los bellos reflejos en el lago, y el hombre dijo que todavía no estaba complacido. Con la idea de que esta criatura Suya no era de temperamento tranquilo y quería vistas más excitantes, Dios le llevó entonces a lo alto de los Andes, al Gran Cañón del Colorado, a cavernas con estalactitas y estalagmitas, y géisers y médanos de arena, y los cactus con formas de dedos de hadas en un desierto, y la nieve del Himalaya, y los ricos de la Garganta del Yangtsé, y los picos de granito de los Montes Amarillos, y la pasmosa Catarata del Niágara, y le preguntó si no había hecho Dios todo lo posible por hacer hermoso este planeta, para deleitarle los ojos y los oídos y el estómago, y el hombre siguió clamando por un cielo de Perladas Puertas.

— Este planeta —dijo el hombre— no es bastante para mí.

— ¡Presuntuoso y desagradecido! —contestó Dios—. ¿De modo que este planeta no es bastante para ti? Te enviaré pues, al Infierno, donde no verás el paso de las nubes ni la flor de los árboles, ni escucharás el canto de los manantiales, y por siempre jamás vivirás allí, hasta el fin de tus días.

Y Dios le envió a vivir en un departamento de la ciudad. El hombre se llamaba Cristiano.

Es evidente que este hombre es muy difícil de complacer. Existe la duda de que Dios pueda crear un cielo que le satisfaga. Estoy seguro de que, con su complejo de millonario, quedará bastante harto de las Perladas Puertas, durante su segunda semana en el Cielo, y Dios no sabrá qué hacer para inventar algo que complazca a su hijo malcriado. Debe ser cosa generalmente aceptada ya, que la astronomía moderna, al explorar todo el universo visible, nos va forzando a aceptar esta tierra como un cielo, y el Cielo que soñamos debe ocupar espacio, y por ocupar espacio, debe estar entre las estrellas del firmamento, a menos que esté en el vacío interestelar. Y como ese cielo tiene que encontrarse en alguna estrella, con o sin lunas, mi imaginación no alcanza a concebir un planeta mejor que el nuestro. Es claro que quizá haya una docena de lunas en lugar de una sola, que sean de distintos colores, rosado, púrpura, azul de Prusia, verde, naranja, topacio, aguamarina y turquesa, y que también haya arcoíris

mejores y más frecuentes. Pero sospecho que un hombre a quien no satisface una luna se cansará también de una docena, y si no le complace alguna escena de nieve o arcoíris también se cansará de arcoíris mejores y más frecuentes. Tal vez haya seis estaciones por año, en lugar de cuatro, y alguna hermosa alternación de primavera y verano y día y noche, pero no advierto qué diferencia puede hacer esto. ¿Si no goza uno de la primavera y el verano en la tierra, cómo puede gozar de la primavera y el verano en el Cielo? Debo estar hablando ahora como un gran tonto o como un hombre sumamente sabio, pero lo cierto es que no comparto el deseo budista o cristiano de aceptar a los sentidos y a la materia física presumiendo que hay un cielo que no ocupa espacio y está construido de puro espíritu. En cuanto a mí, prefiero vivir en este planeta que en cualquier otro. De seguro que nadie puede decir que es estancada y monótona la vida en este planeta. Si no satisface a un hombre la variedad del tiempo y el cambio de colores en el cielo, el exquisito sabor de las frutas que aparecen por rotación en estaciones diferentes, y las flores que se abren por rotación en los distintos meses, ese hombre haría mejor en suicidarse y no tratar de seguir la inútil caza de un Cielo imposible, que acaso satisfaga a Dios pero nunca satisfará al hombre.

Tal como se presenta hoy los hechos del caso, hay una coordinación perfecta, casi mística, entre las vistas, sonidos, olores y sabores de la naturaleza y nuestros órganos de la vista, el oído, el olfato y el gusto. Esta coordinación entre las vistas y sonidos y olores del universo y nuestros órganos de percepción es tan perfecta que constituye un argumento perfecto en favor de la teología, que tan en ridículo puso Voltaire. Pero no todos tenemos que ser teólogos. Dios puede habernos invitado a esta fiesta, o no. La actitud china es que participaremos de la fiesta, invitados o no. No tiene sentido, sencillamente, dejar de participar de la fiesta cuando la comida parece tan tentadora y tenemos tanto apetito. Que los filósofos prosigan sus indagaciones metafísicas y traten de descubrir si estamos entre los invitados, pero el hombre sensato tiene que servirse la comida antes de que se enfríe. El hambre está siempre acompañada de sentido común.

Nuestro planeta es un planeta muy bueno. En primer lugar, tenemos la alternación de noche y día, de amanecer y puesta de sol, y un fresco atardecer que sigue a un día caluroso, y una alborada silenciosa y clara que presagia una mañana activa, y nada hay mejor que esto. En segundo lugar, tenemos la alteración de verano e invierno, perfectos en sí mismos, pero aún más perfeccionados porque son introducidos gradualmente por la primavera y el otoño, y nada hay mejor que esto. En tercer lugar, tenemos los árboles silenciosos y dignos, que nos dan sombra en verano y no tapan el sol tibio en invierno, y nada hay mejor que esto. En cuarto lugar, hay flores que se abren y frutas que maduran por rotación en meses diferentes, y nada hay mejor que esto. En quinto lugar, hay días nublados y neblinosos que alternan con días claros y de sol, y nada hay mejor que esto. En sexto lugar, hay chaparrones de primavera y truenos de verano y el viento seco y vigorizante del otoño y la nieve del invierno, y nada hay mejor que esto. En séptimo lugar, hay pavorreales y papagayos y alondras y canarios que cantan canciones inimitables, y nada hay mejor que esto. En octavo lugar, tenemos el zoológico, con monos, tigres, osos, camellos, elefantes, rinocerontes, cocodrilos, focas, vacas, caballos, perros, gatos, zorros, ardillas, picamaderos y animales que responden a tal variedad e ingenio que jamás pudimos imaginarlo, y nada hay mejor que esto. En noveno lugar, tenemos el pez arcoíris, el pez espada, anguilas eléctricas, ballenas, mojarras, almejas, abalones, langostas, camarones, tortugas y animales de tal variedad e ingenio que jamás pudimos imaginarlo, y nada hay mejor que esto. En décimo lugar, hay magníficos pinos, rojos, volcanes que lanzan fuego, cavernas

magníficas, picachos majestuosos, colinas onduladas, lagos plácidos, ríos serpenteantes y frescas márgenes, y nada hay mejor que esto. El menú es prácticamente interminable para atender a los gustos individuales y lo único sensato que se puede hacer es ir a participar del festín, y no quejarse de la monotonía de la vida.

La Naturaleza es de por sí, y siempre, un sanatorio. Aunque no pueda curar otra cosa, puede sanar al hombre enfermo de megalomanía. Hay que "poner en su lugar" al hombre, y se ve siempre puesto en su lugar frente al telón de fondo de la naturaleza. Así vemos que en los cuadros chinos se pinta siempre a los seres humanos tan pequeños en el panorama. En un panorama chino llamado "Mirando a una montaña después de la nieve" es muy difícil encontrar la figura humana que se supone mira a la montaña después de nevar. Al cabo de una búsqueda cuidadosa se le descubrirá bajo un pino: su cuerpo es apenas de una pulgada en un cuadro que tiene quince de alto y está hecho de unas pocas pinceladas rápidas. Hay otro cuadro Sung de cuatro figuras de estudiosos que ambulan por un bosque otoñal y alzan las cabezas para mirar a las ramas entrelazadas de los majestuosos árboles que los cubren. Hace bien sentirse terriblemente pequeño a veces. Una vez pasaba yo el verano en Kuling, y tendido en lo alto de la montaña empecé a ver dos criaturas diminutas, del tamaño de hormigas, que a cien millas de distancia, en Nanking, se odiaban y tejían intrigas una contra otra por una oportunidad para servir a China, y el tamaño hacía que todo pareciese un poco cómico. Por eso es que los chinos suponen que un viaje a la montaña surte efecto catártico, pues limpia el pecho de una cantidad de tontas ambiciones y de preocupaciones innecesarias.

El hombre suele olvidar cuán pequeño, y a menudo cuán inútil es. Un hombre que ve un edificio de cien pisos de alto se siente envaneceido, a menudo, y el mejor modo de curar esa inaguantable vanidad es transportar con la imaginación es rascacielo hasta una montaña, pequeña, despreciable, y ganar un sentido más veraz de lo que podemos y lo que no podemos llamar "enorme". Lo que nos gusta del mar es su infinitud, y lo que nos gusta de la montaña es su enormidad. Hay en Huangshan o en los Montes Amarillos, picos que están formados por simples trozos de granito de trescientos metros de altura desde su base visible, en el suelo, hasta su cima, y que tienen media milla de largo. Estos picachos son los que inspiran a los artistas chinos, y su silencio, su rugosa enormidad y su eternidad aparente explican en parte el amor de los chinos por las rocas en los cuadros. Es difícil creer que hay rocas tan enormes hasta que se visita Huangshan, y hubo una Escuela Huangshan de pintura, en el siglo XVII, que se inspiraba en estos silenciosos picachos de granitos.

Por otra parte, por asociación con la enormidad de la naturaleza, puede ser grande también el corazón del hombre. Hay una manera de mirar a un panorama como si fuera una película; un modo de mirar a las nubes tropicales en el horizonte como el telón de fondo de un escenario, y no contentarse con nada menos grande como telón de fondo; un modo de mirar a los bosques de la montaña como un jardín particular, y no contentos con nada menos grande como jardín; un modo de escuchar a las rumorosas olas como un concierto, y no contentarse con nada menos como concierto, y un modo de mirar a la brisa montañesa como sistema de enfriamiento del aire., y no contentarse con nada menos como enfriamiento del aire. Así nos hacemos *grandes*, tal como son grandes la tierra y los firmamentos. Como el "Hombre Grande" que describió Yüan Tsi (210-263 de nuestra era) uno de los primeros románticos de China, "vivimos en el cielo y la tierra como si fueran nuestra casa".

El mejor "espectáculo" que jamás he visto ocurrió una tarde en el Océano Indico. Era en verdad inmenso. El escenario tenía un centenar de millas de ancho y tres de

alto, y en él la naturaleza representó un drama que duró media hora: con dragones gigantescos, dinosaurios y leones que se movían por el cielo —¿cómo se hinchaban las cabezas de los leones y se extendían sus melenas, y cómo se inclinaban y se retorcián los lomos de los dragones!—; y ejércitos de soldados con uniformes blancos y grises y oficiales con entorchados dorados, que marchaban y contramarchaban y se unían en combate y se retiraban otra vez. A medida que proseguía la batalla y la persecución, cambiaban las luces del escenario, y los soldados de blancos uniformes aparecieron de color naranja y los soldados de uniformes grises parecieron ponerse otros purpúreos mientras el telón de fondo era una llama de oro iridiscente. Luego, cuando los técnicos de la naturaleza fueron apagando gradualmente las luces, el púrpura venció y tragó al naranja, y fue siendo un malva y gris más y más profundo, y durante los últimos cinco minutos se presentó un espectáculo de inenarrable tragedia y de sombrío desastre, antes de que se extinguieran del todo las luces. Y no pagué un solo centavo para presenciar el más grandioso espectáculo de toda mi vida.

Tenemos también el silencio de las montañas, y ese silencio es terapéutico: los picachos silenciosos, las rocas silenciosas, los árboles silenciosos, todo en majestuoso silencio. Toda buena montaña es un sanatorio. Uno se siente acurrucado como un niño en su pecho. No creo en la Ciencia Cristiana, pero sí en las propiedades espirituales, curativas de los árboles antiguos y los lugares de montaña, no para sanar una clavícula fracturada o una piel infectada, sino para curar las ambiciones de la carne y las enfermedades del alma; celeptomanía, megalomanía, egocentrismo, halitosis espiritual, titulitis, prestamitis, dirigentitis (el deseo de dirigir a los demás), neurosis de guerra, versofobia, maldad, odio, exhibicionismo social, terquedad en general, y todas las formas de enfermedades morales.

Lin Yutang, *La importancia de vivir*, México,
Edit. Auseba, 1944.

UN NUEVO MODELO DEL UNIVERSO

P. Ouspensky

El hombre vive en la satisfacción de sus apetitos, en temores, en luchas, en vanidad, en distracciones y diversiones, en deportes estúpidos, en juegos de destreza y suerte, en ansias de ganancia, en sensualidad, en el rutinario trabajo diario, en los cuidados y preocupaciones del día y, más que nada en la obediencia y en el placer que la obediencia le proporciona, porque no hay nada que al hombre común le guste más que obedecer; si deja de obedecer a una fuerza inmediatamente empieza a obedecer a otra. Está infinitamente lejano de todo lo que no está directamente en conexión con los intereses y cuidados del día; de todo lo que está ligeramente arriba del nivel material de su vida. Si no cerramos los ojos a todo lo anterior, nos daremos cuenta de que, en el mejor de los casos, no podemos llamarnos nada más que bárbaros civilizados, esto es, bárbaros que poseen un cierto grado de cultura.

La civilización de nuestro tiempo es pálida y anémica; apenas puede mantenerse viva en medio de la obscuridad de una profunda barbarie. Los adelantos técnicos, los mejores medios de comunicación y métodos de producción, los crecientes poderes en la lucha por la naturaleza, quitan a la civilización probablemente más de lo que pueden dar.